k. 52.720

HAYDÉ Ó EL SECRETO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

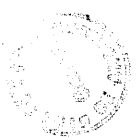
D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Música del Sr. MANZOKY.

Representada con aplauso en el Teatro del Circo la noche del 13 de Enero de 1855.

N.º 257.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DEL OLIVO, NÚM. 15.
1855.



Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.	ACTORES.
LOREDANO, *almirante de Venecia*.	D. Josè Font.
MALIPIERI, *capitan de bomberos*.	D. Joaquin Becerra.
ANDREA DONATO. . .	D. Ramon Cubero.
HAYDÉ, *esclava griega*. .	D.ª Clarice di Franco.
MARIA, *pupila de Loredano*..	D.ª Carolina di Franco.
DOMINGO, *marinero*. . .	D. Vicente Caltañazor.
UN SENADOR.	D. Felipe Diaz.
UN OFICIAL.	D. Ildefonso Caballero.

Oficiales. — Venecianos. — Marineros. — Soldados.— Esclavos.—Senadores.—Hombres y mujeres del pueblo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un rico aposento en el palacio del gobernador de Zara: puertas y ventanas al fondo: puertas laterales: á la derecha un canapé y una mesa.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, LOREDANO. MALIPIERI *y los principales oficiales de la armada veneciana aparecen sentados á una mesa suntuosa.*—DOMINGO, *marineros y esclavos griegos les sirven.*

INTRODUCCION.

CORO GENER. Que viva el beber!
que viva el luchar!
que infunde placer,
que ahuyenta el pesar!
El vino destierra
la pena mayor.
Brindad á la guerra,
al vino, al amor!

LORED. Mañana en nueva lucha,
oh bravos venecianos,
los ciegos mahometanos
nos brindan el botin.

CORO. Los ciegos mahometanos
nos brindan el botin.

LORED. En tanto que amanece
la luz del nuevo dia,
gocemos la alegria
y el canto del festin.

CORO. Gocemos la alegría
y el canto del festin.

VARIOS. Bebiendo destierra
su eterno dolor.
Brindad á la guerra,
al vino... al amor.

LORED. *(Aparte y con una copa en la mano.)*
Tú que sabes lanzar al olvido
recuerdos de ayer;
tú que al pecho mas triste y herido
le infundes placer.
A ti acude de olvido sediento
mi eterno pesar;
haz que pueda siquiera un momento
mi pena olvidar.
CORO. Viva el vino! que puede un momento
sus penas calmar.
LORED. Un recuerdo fatal me atosiga
con rudo teson;
que tu fuego divino consiga
vencer mi razon.
A ti acude de olvido sediento
mi eterno pesar;
haz que pueda siquiera un momento
mi pena olvidar.
CORO. Viva el vino! que puede un momento
sus penas calmar.

MALIP. *(Representando.)* Viva nuestro Almirante!
TODOS. Viva!
MALIP. *(Aparte á los oficiales.)* Nunca le he visto de tan buen humor.
LORED. Cómo, Malipieri?...
MALIP. Ayer nos disteis un baile, hoy un suntuoso banquete...
LORED. Y mañana, tal vez, una batalla.
UN OFIC. Qué lujo de placeres!
LORED. Domingo, trae nuestras pipas.
DOMING. Voy, señor. *(Trae varias.)*
MALIP. Y para terminar dignamente la fiesta, prepara las mesas de juego.
LORED. Para qué?
MALIP. Os desafío á todos, sin esceptuar á vos mismo, Almirante.

LORED. A mi!...
MALIP. Por qué no?
LORED. (*Turbado.*) Porque... mañana la flota deja el puerto de Zara para tornar á Venecia, y se puede emplear la velada en una ocupacion mas útil que en perder ó ganar puñados de zequíes.
MALIP. En el tiempo que corre no son tan abundantes los puñados de zequíes. En fin, si vos no quereis, no priveis al menos á los demas... Yo envido cien piezas de oro á la primera suerte de dados.
VARIOS. Vamos pronto.
OTROS. Yo los paro.
LORED. (*Con cólera.*) Señores... (*Reprimiéndose.*) Cuidado... Que sois los gefes... (*A Domingo.*) Quién es?
DOMING. Es Haydé.
MALISP. (*Bajo á los oficiales.*) La esclava griega que nos pertenecia y que nos ha quitado.

ESCENA II.

Los precedentes.—HAYDÉ

HAYDE. Monseñor...
LORED. Qué me quieres?
HAYDE. Mi señora María, vuestra pupila, desea hablaros.
LORED. Voy á buscarla. (*A los oficiales y señalando la izquierda.*) Podeis pasar á la sala de mármol, donde estareis con toda libertad.
MALIP. No volverá V. E.?
LORED. Tal vez no.
MALIP. Antes de partir deseaba hablaros de un importante asunto.
LORED. Siempre estoy dispuesto á escuchar á mis oficiales, á mis compañeros de armas. Aquí os espero dentro de una hora.
MALIP. Tendré el honor de ponerme á vuestras órde-

nes. *(A los oficiales.)* Nosotros á jugar hasta que amanezca.

LORED. Adios, señores. (*Sale por la puerta de la derecha. Los oficiales se van por la izquierda y repiten el coro.*)

CORO.

Que viva el beber!
que viva el jugar!
que infunde placer,
que ahuyenta el pesar.
Se olvida en el juego
la pena mayor,
y estingue hasta el fuego
que infunde el amor.

ESCENA III.

HAYDÉ.—DOMINGO. *Durante la escena anterior, Domingo ha dado órden á los criados que levanten la mesa.*

HAYDE. (*Sigue con la vista á Loredano.*) Siempre triste! Siempre pensativo!

DOMING. (Qué tracita tan humilde! qué ojos tan hermosos!... Y luego solita, sin primos, sin cuñados, sin suegra!... La esclavitud es un buen noviciado para entrar de esposa. Decididamente, yo debo...)

HAYDE. Domingo?...

DOMING. Qué mandais?

HAYDE. Qué triste está vuestro amo!

DOMING. No era ese su carácter; pero, ya se vé, los hombres varian... pues, como iba diciendo, vos Haydé, sois una esclava.

HAYDE. (*Triste.*) Es verdad.

DOMING. Pues bien, yo... yo soy un hombre libre. Ciudadano de Venecia, dueño de la góndola mas gallarda que surca sus lagunas... sirvo á Lore-

dano, porque le he visto nacer, como quien dice; por lo demas... á mí nunca me han puesto en venta: soy dueño de mi persona.

HAYDE. Sois muy dichoso.

DOMING. Sí; pero es el caso, que ya me voy hastiando de tanta libertad, y estoy tentado de echarme un yugo á cuestas.

HAYDE. (*Le interrumpe.*) Deciais que Loredano no siempre ha tenido el mismo carácter?

DOMING. Antes era alegre hasta la locura: derramaba en un convite cuantos vinos producen España y Grecia.

HAYDE. Y despues... alguna grande pena le aflige. Si pudiéramos consolarle!... Mira, Domingo, nosotros debemos unirnos...

DOMING. Pues es claro: si de eso precisamente...

HAYDE. Para hacer la felicidad de tu amo.

DOMING. Cómo?

HAYDE. El, no hace el bien de todos?

DOMING. Es verdad; empezando por tí, pobre jóven, escapada casi sola al estrago de Chipre, para caer en manos de Malipieri.

HAYDE. Eso fué lo mas terrible!

DOMING. Y lo que quizás ignoras es que él te ha arrancado de sus manos, no por autoridad propia, como podia, sino cediéndole su parte de botin.

HAYDE. Es posible!

DOMING. Y porque no estuvieras á bordo con nosotros, en lo cual habia mucho peligro, te ha conducido aqui á Zara, cerca de su familia y de Maria, su pupila, una linda muchacha.

HAYDE. Tú, Domingo, que lo sabes todo, dime: ¿cómo es esto de ser su pupila? Es de su familia?

DOMING. No.

HAYDE. Ah! Se la han confiado...

DOMING. Tampoco. Es una húerfana de familia Patricia, la sobrina del abogador Donato. Un calavera que se habia arruinado, que tenia muchas deudas, y por darles un mal rato á sus acreedores se pegó un tiro: dejó á su sobrina en la miseria, y Loredano que apenas le conocia, adoptó á la pobre niña.

HAYDE. (Ah! él la amaba.)

DOMING. Esto habrá seis años que sucedió: ella tenia entonces doce; y Loredano jamás la habia visto: y como no podia llevarla consigo en sus espediciones, la confió aquí á la mujer del gobernador, su parienta, que la ha criado.

HAYDE. Pero ya tiene diez y ocho años, y yo creo que Loredano...

DOMING. No le consienten sus penas pensar en amores; pero yo que no pienso en otra cosa...

HAYDE. Sus penas!... Ah! él esconde algun horrible secreto. Dime, Domingo...

DOMING. Ya que tú has confesado que es preciso que nos amamos, yo te diré...

HAYDE. Tú sabes su secreto?

DOMING. *(Dándose importancia.)* Ps! Alguna cosilla.

HAYDE. *(Con anhelo.)* Dime.

DOMING. Estamos solos?

HAYDE. Sí, habla. Por qué está triste? Antes era alegre... no es verdad?

DOMING. Loredano Grimani! Entre todos nuestros jóvenes patricios era otras veces el que mas ruido metia en Venecia. No habia una mascarada, una fiesta en el Lido, en que no fuera el héroe principal. Yo era su gondolero... Qué de aventuras! Qué estocadas! Qué serenatas!... y sobre todo qué buenos tragos! Buen tiempo era aquel!... Su palacio! Si vieras su palacio de noche, al resplandor de cien luces, con los acentos de la música, con el bullicio de la danza y el festin, el oro y los dados rodando sobre el mármol!... Oh! qué delicia! Los viejos senadores sacudian la cabeza, y se decian unos á otros; »Juventud ociosa que acabará mal; talento perdido para la patria.»

HAYDE. Oh cielos!

DOMING. Pero de pronto, al dia siguiente de una magnífica fiesta, renuncia á todo, dá un adios á Venecia, equipa un navio, se hace soldado, tremola el sacrosanto estandarte de San Marcos, y se lanza á luchar contra los infieles; pero con qué fervor! Tú lo sabes: cubierto de heridas le trajeron á Zara, y á no haber sido por tus cuidados...

HAYDE. Sigue: su secreto...

DOMING. Cada año nuevas victorias: el Senado le estima, el pueblo le adora; es Almirante de Venecia, y algun dia, le nombrarán Dux: es grande, rico, glorioso, pero nunca se rie.

HAYDE. Sí, ya lo veo: pero su secreto...

DOMING. (*Con misterio.*) Yo me acuesto cerca de su dormitorio: le oigo todas las noches pasearse con agitacion... y una vez hablaba tan alto, que, aunque me estaba prohibido entrar sin su permiso, no pude contenerme.

HAYDE. Y qué?

DOMING. Aquello era horrible: no me sintió; dormia, como si dijéramos despierto: estaba sentado, y aunque no tenia delante ni mesa ni cubilete, hacia ademan de jugar á los dados: «Seis y cuatro, cinco y seis.» Decia con un temblor convulsivo... luego callaba, se cubria el rostro con las manos y lanzaba rugidos de dolor pidiendo misericordia.

HAYDE. Ah! Y tú sabes?...

DOMING. Su secreto? Pues es claro. El la ha corrido en grande, Dios le ha tocado en el corazon, y á su vuelta á Venecia se hará fraile.

HAYDE. Qué dices?

DOMING. Así lo creo. Yo tambien quiero profesar; pero en otra órden mas dulce. He pensado...

ESCENA IV.

Dichos.—MALIPIERI.

MALIP. (*Llamándole.*) Domingo? No oyes? Helados, sorbetes...

DOMING. (Maldito.) Ya voy. (*Vase y dá órdenes á un criado.*)

MALIP. Decididamente me favorece la fortuna. Dos mil zequies perdidos... Sobre palabra, es verdad... deudas de honor pagaderas en Venecia; pero en Venecia hay otras, y á no echar mano á me-

dios desesperados... (*Viendo á Haydé.*) Hola! mi antigua esclava; mi parte de botin que me fué preciso ceder al general.

HAYDE. Es decir vender.

MALIP. Diez mil zequies... Buen negocio!... Desde luego cualquiera de tus miradas vale mas.

HAYDE. Venís muy galante.

DOMING. (*A ella.*) (Recuerda que es un bribon.)

MALIP. Y ademas, por los ricos diamantes que llevabas he tenido siempre la idea de que pertenecés á alguna rica y poderosa familia de Chipre, que algun dia dará por tu rescate esta suma cuadriplicada.

DOMING. (Dios no lo quiera!)

HAYDE. Eso creis?

MALIP. Oh! tú no me dirás tu secreto: pero hay otro que tú posees quizás... El de tu amo.

HAYDE. Tiene alguno?

MALIP. Que deseo conocer por interés suyo. Yo respondo de obtener tu libertad, si me dices solamente...

HAYDE. El qué?...

MALIP. Lo que él te dice en vuestras conversaciones de la tarde.

HAYDE. Me dice que á su noble patria, cuyo honor le fué confiado, está siempre pronto á sacrificar su vida. Que la amistad es el sentimiento mas noble del alma, y que si voy á Venecia aprenda á callar.

MALIP. (*A Domingo.*) Y tú no le has oido otra cosa?

DOMING. Sí señor; otras muchas.

MALIP. Cuáles?

DOMING. Esta mañana al sentarse á la mesa me dijo: Domingo, estos faisanes están muy mal guisados; si esto continúa, despide al cocinero.

HAYDE. Domingo es un criado fiel.

MALIP. Sin embargo: si la Serenísima República estuviera interesada en descubrir el secreto de su Almirante, y sospechando que Domingo lo sabe le citase ante el Consejo de los Diez...

DOMING. Cielos! yo no sé nada! (El Consejo de los Diez!)

MALIP. Por qué tiemblas, Domingo?

DOMING. Yo no tiemblo, yo no soy cobarde; yo tengo

valor para el gasto de casa; pero por nada del mundo quisiera ver delante de mis ojos aquella X que distingue á los individuos del Consejo de los Diez.

MALIP. Cálmate. Quién es? (*Mirando.*)

ESCENA V.

Dichos.—ANDREA.

MALIP. Qué quereis?

ANDREA. Hablar al capitan de los bomberos el señor Malipieri; se me ha dicho que estaba en esta sala.

MALIP. Yo soy: aproximáos.

ANDREA. Tengo veinte años, soy Veneciano, y quiero pelear bajo la bandera de San Marcos.

DOMING. (De San Marcos! Este quiere casarse.)

ANDREA. Vengo á rogaros que me alisteis.

MALIP. Imposible... en mi compañia: buscad otra.

ANDREA. Es en la vuestra donde quiero alistarme.

MALIP. Por qué?

ANDREA. Para pelear delante de Loderano Grimani el primer hombre de armas de la Señoría.

MALIP. Mi compañia está completa.

ANDREA. Bien; recibidme como voluntario, y á la primera vacante...

MALIP. No la habrá.

ANDREA. Qué! no saben hacerse matar en vuestra compañía?

DOMING. (Sóplate esa.)

MALIP. Insolente!

HAYDE. (*Mediando.*) Señores!

ANDREA. Insolente! esa palabra podria proporcionarme una vacante, suprimiendo desde luego al capitan.

MALIP. Qué decis?

ANDREA. Que aun no soy vuestro soldado; tengo derecho á pediros cuenta...

MALIP. A mi!

HAYDE. *(Aparte á él.)* Os perdeis: volved á las diez, vereis al Almirante mismo, os lo prometo.
DOMING. (Andad con él: yo sospecho que es un gallina.)
ANDREA. *(A Haydé.)* (Es posible?)
HAYDE. Si os marchais al punto.
ANDREA. Adios. *(Apretándola la mano.)* Que yo sea ó no de vuestra compañia, *(A Malipieri.)* espero que nos volveremos á ver en otra parte.
MALIP. Por vuestro interés, no lo deseo.
ANDREA. Lo que quiere decir que por el vuestro le temeis. *(Saliendo.)*
DOMING. *(Contento.)* (Así, así.)
MALIP. Esto es demasiado!
HAYDE. Señores! qué haceis! El Almirante. *(A una nueva señal de Haydé, Andrea sale por el fondo. Domingo sale con él, persuadiéndole que debe matar á Malipieri. Loredano entra por la puerta de la derecha.)*

ESCENA VI.

Dichos.—LOREDANO *que entra lentamente y muy preocupado.*

LORED. Sí; hoy mismo antes de nuestra marcha, yo quiero, yo debo asegurar su suerte.
MALIP. (Siempre preocupado.)
LORED. Haydé. *(Viéndola.)* Quereis decir á Domingo que me traiga recado de escribir?
HAYDE. Domingo ha salido; yo iré, señor. *(Váse. Loredano se sienta en el canapé, apoya los codos sobre la mesa y oculta la cabeza entre las manos; despues alza la vista, vé á Malipieri que le examina con curiosidad.)*
LORED. Qué haceis aquí? qué quereis?
MALIP. V. E. ha olvidado la cita?
LORED. Perdonadme. *(Le tiende la mano.)* Hablad.
MALIP. Vos habeis adquirido riquezas y honores, monseñor; y yo que peleo bajo vuestras órdenes, yo, patricio, que tendria derecho al mando de un navío, aún vivo oscurecido y sin fortuna.

LORED. Eso menos es culpa mia que vuestra; en vos consiste saber buscar las ocasiones.

MALIP. Una se me presenta de ser dichoso. En el baile que dió el gobernador de Zara, vi y admiré una jóven que es pupila vuestra.

LORED. Ah! María Donato!

MALIP. Yo la amo, monseñor. Si mi cuna y mis servicios os merecen alguna estimacion, os suplico que me concedais su mano. (*Haydé vuelve con recado de escribir que coloca en la mesa, donde hay una lámpara.*)

LORED. Os doy gracias, señor Malipieri, por el honor que dispensais á mi pupila y á mí; pero yo tengo otros proyectos con respecto á ella.

MALIP. Cuáles?

LORED. Los sabreis á mi vuelta á Venecia. Esta no se hará esperar. Los turcos intentan cerrarnos el paso; al rayar la aurora abandonamos el puerto. Antes de retirarnos á dormir, venid á recibir mis órdenes. No os detengo. (*Vase Malipieri.*)

ESCENA VII.

LOREDANO.—HAYDÉ. *Loredano se arroja en un sillon que hay á la izquierda.*

LORED. (Si, es preciso!)

HAYDE. Ah! señor! Habeis hecho muy bien en negarle vuestra pupila. Nunca la ha amado.

LORED. Es verdad?

HAYDE. Pero hay mas: envidioso de vuestra gloria, de vuestra fortuna, tal vez desea vuestra perdicion. Tal vez el Dux y el consejo de los Diez le han puesto á vuestro lado para espiar vuestra conducta.

LORED. Eso crees?

HAYDE. Si, monseñor.

LORED. (*Levantándose.*) Y yo tambien. Es natural que asi suceda en nuestra Serenísima República, que

solo vive de la desconfianza; pero bien pronto iré yo en persona á presentar mis cuentas al Dux y al Senado.

HAYDE. Mañana marchais; ya lo he oido.

LORED. Con María, mi pupila, á quien tú acompañarás.

HAYDE. Yo!

LORED. Tienes miedo á la mar?

HAYDE. No es eso lo que me espanta.

LORED. Acaso á la flota enemiga?

HAYDE. Señor, no: vos estareis allí; á ellos toca temblar. Ademas, he presenciado escenas mas horribles...

LORED. Sí, pobre niña! El incendio! el pillaje! La muerte de los tuyos!...

HAYDE. Hay tambien otros peligros.

LORED. Cuáles?

HAYDE. (*Con viveza.*) Cuáles, señor? El ódio de ese Malipieri que os amenaza á vos, y tal vez á la señora.

LORED. Bien pronto tendrá un protector, un marido...

HAYDE Ah! Le destinais alguno?

LORED. Sí.

HAYDE. Quién?

LORED. Yo.

HAYDE. (Él, Dios mio!)

LORED. Sí, yo.

HAYDE. Ah! ya entiendo. La amais...

LORED. No! y si yo fuese dueño de mí mismo...

HAYDE. Entonces, por qué... por qué?

LORED. Es preciso! Lo he jurado!

HAYDE. A quién?

LORED. A alguno que me vé y me oye.

HAYDE. Esplicaos.

LORED. Si me profesas algun afecto, no hablemos nunca de este asunto.

HAYDE. Bien, señor. Y María, vuestra pupila, está dispuesta á este matrimonio?

LORED. Ah! tienes razon: aun no le he dicho... Ella sale.

ESCENA VIII.

Dichos.—MARIA, *por la derecha.*

CANTO.

HAYDE. (Murió mi esperanza,
mi dicha murió.)
LORED. A tí se dirije
mi fiel corazon,
feliz si propicia
escuchas su voz.
MARIA. Feliz si consigo
calmar su dolor.

LORED. Cercada de tormento
mi fúnebre existencia,
tan solo en tu inocencia
calmaba su dolor.
El alma agradecida
te ofrece amor y vida:
respóndeme si admites
la ofrenda de mi amor.
MARIA. Al mundo abandonada
mi fúnebre existencia,
en vos halló clemencia
y alivio mi dolor.
El alma agradecida
jamás el bien olvida
y eterno en ella vive
mi noble protector.
HAYDE. Devora en el silencio
tu bárbara dolencia,
sofoca en su presencia
los ayes de tu amor.
Perezca aqui escondida
tu llama embravecida;
perezca sin que turbe
su dicha tu dolor.

ESCENA IX.

Dichos.—ANDREA.

ANDREA. (Amor que me guia
fortuna me dé.)
MARIA. *(Viéndole.)*
Oh, cielos!
HAYDE. *(Observando á María.)*
(Se turba!)
ANDREA. Es ella!
HAYDE. Él tambien.
No hay duda, se aman,
oh, dicha!)
LORED. Quién es?
HAYDE. Un jóven que aspira
de Marte el laurel.
LORED. Pues di, qué pretendes?
ANDREA. Señor...
LORED. Habla pues.
ANDREA. Fama, y honra, y fortuna pretendo,
y asi como vos
yo quiero luchar.
Quiero un grado, y mi sangre vertiendo
asi como vos
lo quiero ganar.
Quiero osado á la fiera metralla
asi como vos
mi pecho oponer,
y sereno en ardiente batalla
asi como vos
luchar y vencer.
LORED. Sobre qué bajel pretendes
combatir?
ANDREA. Quiero luchar
sobre el vuestro: quiero haceros
mi testigo.
LORED. Bien está.
ANDREA. Ah, señor!

LORED. Tu nombre?
ANDREA. Andrea.
LORED. Sigue.
ANDREA. Andrea.
LORED. Nada mas?
ANDREA. Ese nombre que me falta
yo le vengo á conquistar.
MARIA. (Plegue al cielo que halle dicha
en las ondas de la mar!)
LORED. (Bravo jóven!)
HAYDE. Son amantes.
Torna el pecho á respirar.
(A Andrea.)
(Marino impávido,
con rumbo cierto
vogad al puerto
de vuestro amor.)
ANDREA. (Me lanzo impávido
al mar incierto
que dulce puerto
será su amor.)
MARIA. (Mi pecho tímido
se agita incierto
que ya su puerto
perdió mi amor,)
LORED. (Del mar horrisono
que cruzo incierto
seguro puerto
será su amor.)
Hablado.

ESCENA X.

Dichos, menos ANDREA

LORED. *(A Andrea.)* Hasta mañana al romper el dia. *(Se pone á escribir.)* Es un noble corazon que merece hacer fortuna.
HAYDE. Y la hará, porque quiere distinguirse ó morir.
MARIA. Tú crees...

HAYDE. Estoy segura de ello; y aun sospecho que alguna profunda pasion debe inspirarle tanto denuedo.

MARIA. La de la gloria.

HAYDE. Y acaso otra.

LORED. (*Escribe agitado.*) Si: mañana un nuevo combate, y si yo encontrara la muerte, la muerte que busco hace tanto tiempo... Ah! Si; es preciso revelarlo todo.

HAYDE. (*A María.*) (Qué conmovido está.)

MARIA. (Con cuánta ajitacion escribe.) *(Loredano cierra la carta y llama.)*

ESCENA XI.

Dichos.—DOMINGO.

LORED. Y nuestros convidados?

DOMING. Trazas tienen de estarse toda la noche bebiendo y jugando.

LORED. Jugando! Diles que marchamos al romper el dia; que ya es hora de entregarse al reposo.

DOMING. Y vos, monseñor?

LORED. Yo? Dios lo quiere.... no puedo.... me asaltan tantos recuerdos á la vez... Dame la pipa.

DOMING. Vedle aquí. (*Bajo á Haydé.*) Veis cuanto padece mi señor? Cantad para calmarle alguno de de esos aires que tanto le agradan: alguna cancion veneciana. *(Coje un bandolin que habrá sobre uno de los muebles y se le entrega á Haydé; Loredano recostado sobre el canapé y fumando parece absorto en sus reflexiones. A los primeros sonidos del instrumento se estremece y se vuelve hácia Haydé.)*

LORED. *(La tiende una mano.)* Gracias, Haydé: yo iba á suplicártelo.

DOMING. Bien sabia yo que esto habia de agradarle. Voy á despedir á Malipieri para que no los oiga.

ESCENA XII.

Dichos, menos DOMINGO.

BARCAROLA Á DOS VOCES.

Hay fiesta en el Lido,
la fiesta me espera;
dejadme pasar,
dejad á mi góndola
que arrolle ligera
las ondas del mar.
UNA VOZ. Por ir mas hermosa
compré esta mañana
mi toca de grana,
mi verde collar.
Si madre lo sabe
se habrá de enojar.
Mas, mas...
Hay fiesta en el Lido, etc.

(La música hasta aquí alegre y bulliciosa acaba en descrescendo; se acercan á Loredano, y viéndole dormido cantan muy bajo los versos siguientes.)

Su tormento congojoso
calma el sueño bienhechor:
respetemos su reposo
que mitiga su dolor
Silencio, silencio,
que duerme el señor.
(Salen de puntillas por la derecha.)

ESCENA XIII.

LOREDANO *dormido.* —MALISPIERI *por la izquierda.*

MALISP. Acudo á vuestras órdenes, monseñor: ah! está dormido.

FINAL.

Loredano, el honor, la opulencia,
la fortuna y poder para tí:
una oscura y mezquina existencia
el destino guardó para mi.
Tu fortuna
me importuna.
Pero tengo una esperanza
que consuela mi pesar.
mi venganza... mi venganza.
duerme pronta á despertar.
(A Loredano.)
Duerme un sueño seductor,
mientras calla mi rencor.

—

Pero tengo una esperanza, etc.

—

(Loredano que está tendido en el canapé deja su postura, y parece que escucha un aire vivo y animado.)

MALISP. *(Hablado.)* Despierta? ah! no: qué es esto?

LORED. Venecia! como es bella!
qué acentos de placer!
qué brillo mi palacio
despide por do quier!
La dicha es un momento;
la vida es una flor;
gocemos, pues nos llaman,
del vino y del amor.

MALISP. Oh dicha! está dormido!
oigámosle soñar!

LORED. Hay dados, ved el oro...
amigos, á jugar.

(Hace ademan de agitar los dados en un cubilete y de arrojarlos sobre una mesa.)

Yo pierdo... no me importa.
La suerte es desigual.
Sigamos y que rueden
los dados sin cesar.
Ah! -
Venecia! como es bella... etc.

(La música que hasta aquí habia sido viva y alegre, espresa de repente una sombria y agitada.)

MALIP. Oh cielos! qué cambio
demuestra su faz!
sus dedos de rabia
crispados están.

(Loredano sentado aun en el canapé y cerca de la mesa. Malipieri observa con ansiedad.)

LORED. Yo pierdo... sigamos...
yo pierdo... tirad!
y siempre... yo pierdo!!
destino fatal!

(Golpea en la mesa con el puño.)

A una suerte, no mas que á una,
mi palacio, mi fortuna,
cuanto tengo, cuanto valgo
á una suerte nada mas.
(Oh! si pierdo... la pobreza,
la miseria, la bajeza...
Sé conmigo, yo te invoco;
no me faltes, Satanás.)

(Parece que aguarda con ansiedad que su contrario tire los dados.)

Tirad: seis y cuatro
le salen á él.

(Hace ademan de cojer los dados y dice con esperanza:)

Ganar es preciso.

(Hace que tira los dados y dice con dolor y en voz baja.)

Horror! seis y tres!

(Mirando á su adversario dice.)

Contando su oro,
los dados no vé.
Valor!

(Hace ademan de voltear uno de los dados y dice con aire afectado.)

Yo he ganado:
mirad: cinco y seis.

MALIP. Qué es esto?

LORED. *(Se limpia el sudor.)*
Oh vergüenza!
Oh mengua! gané,
la suerte se muda,
y él pierde otra vez...
y siempre... oh vergüenza!
oh mengua! gané.
Qué cantos de alegría
resuenan? oh baldon!
(Se levanta y viene al proscenio.)
Que viva Loredano!
que viva el vencedor!
Callad! que Loredano
la honra ya perdió...
Callad! y aun los escucho
decir sin compasion...
Venecia! como es bella! etc.
(Interrumpiéndose y muy agitado.)
Callad! silencio, amigos!
suplicio sin igual!...
Yo anhelo... sí, es preciso
el daño reparar...
(Como si hablase á alguno.)
Escucha bien, María,
escucha por piedad.
A tí de mi fortuna
te cedo la mitad...
y al hijo de Donato,
si aun vive, entregarás...
á él solo, sin abrirla...
cuidado!... á él solo...
(Saca del seno la carta que acaba de escribir.)

MALIP. *(Coje la carta con la mayor alegría.)* Ah!...
(Se aproxima á la mesa y lee á la luz de la lámpara mientras que Loredano queda inmovil.)
»Al hijo de Donato, para él solo.» *(Leyendo el sobre, abre la carta y lee rápidamente.)* »Una noche con la embriaguez del vino y del juego,

vuestro padre fué engañado y arruinado por mi...»

CANTO.

Oh dicha! no hay duda!
mi esclavo eres ya!
(*Unidos.*)

LORED. Venecia! como es bella!
qué acentos de placer, etc.

(Loredano cae dormido sobre el sofá.)

MALIP. Fortuna, al fin fortuna
te arrastras á mis piés;
El sueño no es un sueño,
verdad tremenda es.
Al fin, el poderoso
en mi poder cayó.
al fin halló su escala
mi férvida ambicion.

CORO DE OFICIALES, *dentro.*

En marcha: ya la aurora
comienza á clarear.

MALIP. (*Despertándole.*)
Señor!...

LORED. Quién es?

MALIP. Ya es hora.

LORED. Quién es!... ah!... perdonad...

MALIP. (*Afectada humildad.*)
Cumpliendo vuestras órdenes,
acudo puntual.

CORO. En marcha: ya la aurora
comienza á clarear.

LORED. Marchemos decididos
los riesgos á encontrar:
con hórridos bramidos
nos llama ya la mar.

TODOS. Marchemos, etc.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la cubierta del navío Almirante; el pabellon de Venecia flota sobre el gran mástil; en el fondo la mar y algunos bajeles turcos que aparecen como huyendo; en la derecha del navío, que tendrá cargadas las velas, están algunos heridos á quienes se vé curar. Sobre el puente, armas, hachas de abordaje, despojos y restos que anuncian la conclusion de un combate.—Los soldados, marineros y grumetes, discurren acá y allá y ocupados de diversas maneras.

ESCENA PRIMERA.

CORO.

Victoria! victoria! victoria!
A tí la gloria solo,
Evanjelista santo,
que llevas el espanto
al musulman confin:
á tí de polo á polo
honor! honor sin fin!

DOMING. *(Rodando un tonel.)*
La prez del santo solo;
mas nuestro es el botin.

ESCENA II.

Los precedentes.—LOREDANO.—MALIPIERI Y MUCHOS OFICIALES.

LORED. *(Con el hacha en la mano y aun en el calor de la pelea.)*
Del acero al crujir sonoroso,
del cañon al horrible estampido,
¿quién no siente en el pecho brioso

el aliento agitarse encendido?
Que viva la metralla!
la guerra y destruccion!
Un dia de batalla
olvida la razon!

CORO. Sí, sí, que viva! que viva la sangre!
que viva! que viva el cañon!

DOMING. (*Subido en el palo mayor.*) Del enemigo queda
un bajel que resistencia nos hace.

LORED. (*Blandiendo el hacha.*) A él!
Que viva la metralla,
la guerra y destruccion!
Un dia de batalla
olvida la razon!
Sí, sí! que viva! que viva la sangre!
que viva, que viva el cañon!

CORO. Sí, sí! que viva, que viva la sangre!
que viva, que viva el cañon!

DOMING. El bajel turco, ya el pabellon
baja, y se rinde.

LORED. Ah! maldicion!

CORO. Victoria! victoria! victoria!
A tí la gloria solo
Evanjelista santo,
que llevas el espanto
á el musulman confin:
á ti de polo á polo
honor! honor sin fin!

DOMING. (*Agarrado al tonel.*)
La prez del santo solo:
mas nuestro es el botin.

(*Loredano abismado en sus reflexiones desaparece por la izquierda mientras los marineros que están á la derecha se disputan un tonel.*)

CORO. Esta es mi parte.—No, que es la mia!—
Me pertenece.— Hay tal porfia!—
Sobra de voces.— Presto el puñal
á esta algazara ponga final.—
Mano á el acero.— Vamos á ver
quién de nosotros lo ha de beber.

DOMING. Vamos, amigos; qué desatino!
emborracharse de ver el vino!
Sin mas enfado ni pelear,

quién es el dueño diga el azar.
CORO. Tiene razon! jugar! jugar!
es mas alegre que pelear.
Loredano apercibe á los marineros que habrán sacado los dados y tirádolos sobre el barril: vá hácia ellos con cólera y pone el pié sobre el tonel evitando así el juego.
LORED. Nunca jugar! Antes reñir!
No: yo no puedo tal consentir.
MALIP. Brava jugada! (*Al que jugó.*)
MARIN. Sí, ya lo veis.
MALIP. A no dudarlo.
Son cinco y seis.
MARIN. (*Despues de haber mirado los dados.*)
Qué punto pierdo!
MALIP. Cómo ha de ser!
LORED. (*Echando á rodar el tonel.*)
Es la obediencia
vuestro deber.
Oh, afrenta no esperada!
recuerdo aterrador!
Mi frente está manchada;
perdido está mi honor!
MALIP. La afrenta no esperada
escita su rubor.
Su mente extraviada
demuestra su dolor.
CORO. Por solo una jugada
mostrar tanto rigor!
Su mente está turbada:
huyamos su furor.
(*El concertante acaba.*)

ESCENA III.

Los precedentes.—MARIA.—HAYDÉ.—*Los dos suben de los pisos inferiores del navío, por la escalera de la izquierda.*

HAYDE. Venid, señora: ya no se oye ruido, ni hay peligro.

MARIA. Ya no podia yo estar de temor y de... *(Mira en derredor.)* Ha terminado el combate?

HAYDE. *(A Domingo.)* Dónde está Loredano?

DOMING. Allí. *(Señala.)*

HAYDE. *(A Loredano.)* Nada os ha sucedido?

LORED. No, no!

MARIA. Gracias á Dios!

DOMING. Nada, señora, nada. Y vaya un zafarrancho! Qué bravos hemos estado yo y el Almirante!... porque...

LORED. *(Interponiéndosele.)* Cuánto os agradezco vuestro cuidado, mis jóvenes amigas! Y habeis tenido miedo durante el combate?

MARÍA. } Por vos.
HAYDE. }

DOMING. *(Dirigiéndose principalmente á Haydé.)* Ambos hemos estado muy espuestos: lo que es yo, hoy no me conozco de tan valiente y tan otro como me he visto.

HAYDE. *(Ha estado contemplando á Loredano ínterin habla Domingo, y se dirige á él.)* Qué teneis? Tan abatido y triste despues de la victoria?

LORED. Cansado!... Estoy cansado... (de vivir!)

DOMING. Como iba diciendo, hoy era necesario hacer una de pópulo bárbaro! Como se trataba de adquirir el grado de... marido... pues... *(A Haydé con reserva.)* Cada vez que veia ondear sobre mi cabeza *(Hace cuatro garabatos con los dedos.)* el glorioso pabellon de San Márcos, pegaba tal embestida, que sin remedio ensartaba un par de turcos! *(Acompañado del ademan.)*

MARÍA. Cuántos bajeles se han apresado?

DOMING. Señora, no hemos apresado mas de once, porque ese capitan Malipieri no tiene entre sus muchos defectos el de ser temerario.

MARIA. Cómo?

DOMING. Digo que no es precisamente el valor el pié de que él flaquea, y... *(Malipieri que lo ha venido oyendo, se le pone delante de golpe: Domingo se sorprende.)*

MARIA. Qué te pasa, Domingo?

DOMING. Pss... que... y... (Decididamente es un esbirro.)

LORED. *(Apercibiendo al capitan.)* Hola, señor Malipieri! Ya deseaba veros. Os he buscado con la vista en la pelea, y rara vez conseguí encontraros.

MALIP. *(Disculpándose.)* Tenia precision de observar al enemigo...

DOMING. *(Dice aparte á las dos jóvenes y figurando con las manos un anteojo.)* En toda la batalla no ha dado golpe: no ha hecho otra cosa que observar! observar!

HAYDE. *(A Loredano.)* No veo por aquí á mi protejido!

MARIA. Sí: el que tú recomendaste...

LORED. Ha peleado como un leon por mucho tiempo junto á mi; mas al fin del combate desapareció.

MALIP. Es probable que haya muerto.

MARIA. Cielos!

HAYDE (Calmaos!)

LORED. Ya me he informado, y no está ni entre los muertos, ni entre los heridos: no sé...

DOMING. El seria á quien ví arrojarse en una chalupa, seguido de doce bomberos Dálmatas.

MALIP. Soldados de mi compañia...

DOMING. Que como los tenian observando, se fastidiaban soberanamente.

MALIP. *(Mirando á Domingo.)* Pediré cuentas, cómo á pesar de mis órdenes...

DOMING. *(Retirándose.)* Y de vuestro ejemplo... han ido á esponerse...

LORED. Silencio! Todo lo sabremos. *(A los soldados.)* Habeis peleado bien, amigos mios: habeis cumplido con el deber. *(A los marineros y á Domingo.)* Hé prohibido jugar... pero permito á los vencedores cantar y beber.

TODOS. Viva!

LORED. Pero con la moderacion que es conveniente hasta en la victoria. *(A Maria y á Haydé.)* Quedaos: aquí sobre cubierta y al aire libre estareis mejor. *(A los Oficiales.)* Vosotros, señores, seguidme. *(Vánse en seguida y por el fondo.)*

DOMING. *(Al borde del proscenio á la derecha.)* (Pues señor, vamos á renovar conocimiento con el barril de vino.)

Duo.

HAYDE. Apenas reprime
su acerbo dolor!
MARIA. Oh cielos! En donde
se encuentra mi amor?
HAYDE. Deposita sin cuidado
en mi pecho tu pesar
porque el alma que ha llorado
un consuelo sabe dar.
Dame niña, yo te imploro
una parte en tu dolor
y si viertes ese lloro
por la prenda de tu amor.
MARIA. No le cuento mi cuidado
ni á las ondas de la mar,
y consuela si has amado
á quien llora por amar.
El me adora, yo le adoro,
por mi amante es mi dolor
y en el mundo no hay tesoro
para mí como mi amor.
HAYDE. Al par de nuestra infancia
al par creció nuestra pasion
mas luego la fortuna
contraria se mostró.
MARIA. En un momento
pobre huérfano quedó
llorando de amargura
me dijo, adios, adios.
Fortuna me falta
la buscó en la lid
recuerda si muero
que muero por tí.
Constante en mi pecho
conservo mi fé,
si muere mi amante
tambien moriré.
HAYDE. El alma que sabe
amar y sufrir
consigue algun dia

corona feliz.
Tambien en mi pecho
conservo mi fé,
si muere mi amante
tambien moriré.

ESCENA V.

Dichos.—DOMINGO.—MARINEROS.

DOMÍNG. Venid, muchachos: el almirante lo ha permitido: bebamos y cantemos.
TODOS. Sí, cantemos.
MARIN. Tú, Domingo, cántanos una cancion de marinero.
DOMING. Bien quisiera daros gusto; pero las brisas de la mar me han estropeado la voz, y mis mejores notas han dado al traste. Si Haydé quisiera reemplazarme, ninguno se quejaria.
TODOS. Sí: que cante la esclava!
HAYDE. Bien, Domingo: por vos y por estos señores.
TODOS. Brabo, brabo!
DOMING. Qué veo! á la jarcia! á la maniobra! Un bajel enemigo se aproxima.—No, no: la brisa le empuja hácia nosotros; está desarbolado. Pero.... no me engaño! Sobre el puente viene tremolando el pabellon de San Marcos el jóven Andrea. Qué es esto?
TODOS. Corramos!

ESCENA VI.

HAYDÉ.—MARÍA.

MARÍA. (*Saliendo.*) Andrea! Es posible! Y no poder, como ellos, salir á su encuentro!..No importa... (*Da algunos pasos.*)

HAYDE. Calmaos, señora. Ha vuelto, sí, y vuelve vencedor y digno de vos.
MARÍA. Pero Loredano...
HAYDE. Quién sabe? Quizás haya algun medio de hacerle desistir,
MARIA. Qué dices?
HAYDE. Hay un secreto, que tambien os interesa: si yo logro descubrirle...

ESCENA VI.

Los precedentes.—DOMINGO.

DOMING. (*En voz alta.*) Es un brabo! ó mas bien un endemoniado!
MARÍA. HAYDE. Quién?
DOMING. El señor Andrea! Con los bomberos que llevaba, se ha echado sobre el navio Turco...
MARIA. HAYDE. Y qué?
DOMING. Lo ha tomado al abordage: es su presa! Es su botin! Y á pesar de esto, hay quien osa disputárselo! parece mentira!
HAYDE. Y cuál es el que pretende?...
DOMING. Quién mas que ese maldito de capitan Malipieri? que tiene una sombra peor que la higuera.
HAYDE. Con qué derecho? Con qué pretesto?
DOMING. Con el de que los soldados que llevaba Andrea eran soldados Dálmatas, bomberos de su compañía... por lo que las presas de ellos pertenecen á su capitan.
HAYDE. Eso lo veremos: corro á buscar á Loredano.
MARIA. Si, vé.
DOMING. No os lo aconsejo: está ahora de condenado humor.
HAYDE. En un dia de victoria!
DOMING. Yo me atrevi, fiado en las apariencias, á decirle algo de mi negocio... pues!.... del asunto de marras! Le dije que trataba de casarme: le indiqué con quién; y al pedirle su licencia, hizo

tal gesto de indignacion, que salí de allí temeroso de que en vez de la licencia que le pedia, me diese otra cosa muy distinta.

HAYDE. Vos casaros?

DOMING. Pues no os he dicho?...

HAYDE. Dónde está el Almirante?

DOMING. Vedlo allí, con la frente mas nublada que lo está el horizonte!.... Vámonos, que trae una cara de vinagre...

HAYDE. No, me quedo.

MARIA. Háblale de Andrea.

DOMING. Si hay oportunidad de indicarle otra vez algo de... pues...

HAYDE. Si, sí: idos, señora.

ESCENA VII.

HAYDÉ.—LOREDANO *entra distraido.*

HAYDE. (Es él, no me vé.) (*Se aproxima.*)

LORED. (*Con frialdad.*) Ah! Sois vos, Haydé?

HAYDE. Señor, sí: yo que venia á preguntaros...

LORED. Está bien: consiento, consiento: ya lo he dicho á Domingo: sois libre, Haydé: siempre lo hubiérais sido, si yo hubiese podido adivinar vuestras intenciones.

HAYDE. Cuáles, monseñor?

LORED. Las que teneis respecto á Domingo el gondolero, á quien honrais en vuestra preferencia.

HAYDE. (*Friamente.*) Domingo se ha engañado: yo no me inclino ni á él ni á nadie.

LORED. (*Alegre.*) Será verdad? Sí, en efecto; era imposible: imposible! pero... acaso otra eleccion...

HAYDE. Ninguna! para elegir es preciso ser libre.

LORED. Tienes razon: perdóname por no haber roto aun tus cadenas!... mas de una vez lo intenté, pero nunca he hallado en mí bastante generosidad y valor! Tu presencia era el único consuelo para mis sufrimientos! Tu voz me era grata, como el sonido de las harpas Eólicas.

HAYDE. Es verdad?

LORED. Y á pesar de todo, lo conozco: yo hubiera debido volverte la libertad.

HAYDE. Yo no la hubiera aceptado. (*Loredano hace un movimiento de sorpresa, hasta que Haydé sigue tímidamente.*) Vos... á quien todo lo debo: el honor y la vida! no me habeis dicho que érais menos desgraciado cuando me teniais al lado vuestro? En tanto que sufrais, no os abandonaré!

LORED. (*La toma la mano.*) Quédate pues! Quédate aun!

HAYDE. Qué teneis? hablad, hablad! Os lo suplico yo!

LORED. Nada... déjame: no se trata de mí. (*Vivamente.*) Qué quieres tú? qué vienes á pedirme? Qué egoista soy! Te habia olvidado con el placer de verte y escucharte!

HAYDE. Quiero una gracia, monseñor!

LORED. Cualquiera que ella sea, yo te la concedo.

HAYDE. O mas bien justicia para Andrea! El navio de que le habiais nombrado comandante en mi presencia y de antemano; este navio que se ha conquistado, gracias á su valor...

LORED. Qué?

HAYDE. Malipieri pretende arrebatárselo, no sé con cuál pretesto.

LORED. Eso no sucederá: te lo prometo; te lo juro.

HAYDE. Ya estoy tranquila: corro á llevar la noticia á... (*Vé á Malipieri.*) (El capitan! Ah! esta vez habrá llegado tarde.) (*Haydé baja por la primera escalera que conduce al segundo puente.*)

ESCENA VIII.

LOREDANO.—MALIPIERI.

DUO.

MALIP. Almirante!

LORED. Ya conozco
vuestro anhelo, y esta vez,
escusadme: no es cordura...

MALIP. Cómo?

:

LORED. Basta.
MALIP. Mas... ¿por qué?
LORED. Cada cual, segun sus obras,
recompensa ha de tener.
MALIP. Hay persona de alto rango,
que de usar tal rigidez,
entre el vulgo mas villano
se debiera siempre ver.
LORED. Abreviemos: ya me canso!
MALIP. Acabemos de una vez.
Ese puesto...
LORED. Tal audacia!
Es de Andrea.
MALIP. (*Con resolucion.*)
No lo es.
Yo os lo pido.
LORED. Yo os lo niego.
Salid pronto!
MALIP. (*Con sarcasmo.*)
Puede ser.
LORED. (*Colérico.*)
Desdichado!
MALIP. Mas prudencia;
que ahora dueño no sois...
LORED. Quién
temerario se atreviera?...
MALIP. Es muy claro. Solo aquel
que un secreto...
LORED. Que un secreto?...
MALIP. Guarde vuestro en su poder.
(*Unidos.*)
LORED. (Mi sangre en las venas,
la hiela el terror!
con una palabra
cedió mi altivez.
Mas... vana sospecha
si fuese!... Valor!
Quizá nada sabe:
andacia pardiez!)
MALIP. (Su sangre en las venas
la hiela el terror!
con una palabra
cedió su altivez

En vano finjiera
sereno valor.
Le tengo en mis manos.
Audacia, pardiez!)

LORED. El secreto que esperanza
os infunde lisonjera,
es tan solo una quimera:
es un sueño: una ilusion!

MALIP. Mas un sueño ha declarado
cuando menos se ha creido,
el delito cometido
en la vela y en razon.
(Tomando el aire con que termina el acto primero.)
Venecia! cuál es bella!
Qué acentos de placer!
Qué brillo este palacio
despide por do quier!
Cuál entre el oro ruedan
los dados sin cesar!

LORED. (Oh cielos!)

MALIP. ¿Quién no fia
su dicha en el azar?
Un noble veneciano
el último zequí
perdió... pero qué es esto?
Por qué temblais así?
Si el noble os interesa,
por él no temais, no:
solo perdió la honra,
que el oro rescató.
(*Con ironia.*)
Quizá es verdad el sueño?
Sereis el noble aquel?

(*Unidos.*)

LORED. Ya, estrella funesta!
mi mudo terror,
revela imprudente
la triste verdad!
Acaso gozando
mi acerbo dolor,
el vil Malipieri

me brinda piedad!

MALIP. Al fin su arrogancia
se muda en terror;
mi acento revela
la amarga verdad.
Cual gozo en su rudo
y acerbo dolor!
Mas cumple á mi objeto
brindarle piedad.

LORED. Y calumnia tan villana
cómo pruebas?

MALIP. Por mi fé!
Es la prueba cósa llana:
no hay cuidado: probaré.
Una carta-testamento
á Donato no escribió
vuestra mano?

LORED. (Qué tormento!)

MALIP. Esa carta guardo yo.
(*Loredano busca en su porta-pliegos, y despues lleva la mano al puñal.*)
Es inútil: no busqueis.
Yo la guardo; y no está ahí.
El puñal no acariciéis,
pues de nada vale aqui.
Esa carta que me escuda,
se reserva en buen lugar.
Necio fuera!...

LORED. Suerte cruda!

MALIP. Un tesoro aventurar.

LORED. (*Con furor.*)
Miserable!

MALIP. (*Con calma.*)
Sin ruido
entenderse no es mejor?
Si yo alcanzo lo que pido,
os regalo vuestro honor.
(*Unidos.*)

LORED. Baldon de la patria!
Vergüenza á mi mismo!
Ya miro el abismo
abierto ante mi.
Ven, muerte, al momento:

el último aliento
exhalo contento
si honor salvo asi.

MALIP. Baldon de la patria!
Vergüenza á sí mismo!
Ya mira el abismo
abierto ante sí.
Desde este momento
su dueño me cuento!
Que sirva á mi intento
ó tiemble ante mi.

ESCENA IX.

LOREDANO *sumido en sus reflexiones.—Despues* HAYDÉ, *que conduce á* ANDREA *y le hace señal de adelantarse.*

LORED. (*Se levanta.*) Quién es? Quién se acerca?
HAYDE. (*Con dulzura.*) Soy yo, señor, que vengo de ver á Andrea, á quien he contado...
LORED. Qué le has dicho, qué?
ANDREA. Todo cuanto os debo! El favor que me dispensais, concediéndome ese mando que Malipieri me disputaba.
LORED. (Ah!)
ANDREA. Sí, es verdad! Segun os prometi, he apresado ese bajel al enemigo! Sé cumplir mis palabras! Pero tambien vos, Almirante, sabeis cumplir las vuestras!
LORED. (Y cómo decirle?..)
ANDREA. A fuer de reconocido, me haria matar por vos!
LORED. *(Volviendo la cabeza.)* No, no: no soy digno de tamaño sacrificio, porque... lo que habia prometido, lo que desearia hacer con toda mi alma, me es imposible.
ANDREA. Cielos! Y por qué?
HAYDE. Concedereis quizá á Malipieri?...
LORED. Yo, no: las leyes de Venecia, que debo acatar, son las que niegan y conceden: ellas no permi-

ten se confie el mando de un navío sino es á un noble, á un miembro de familia Patricia.

HAYDE. Es posible?

LORED. Y mi eleccion seria anulada por el Consejo de los Diez, mas poderoso aun que el mismo Dux, si no recayese en persona que...

ANDREA. Si no es mas que eso, mi general, tened confianza: vuestra eleccion será confirmada.

LORED. Qué quereis decir?

ANDREA. Que soy noble: mi padre era Patricio!

LORED. (Ah!) Y tu nombre? Por qué le has ocultado?

ANDREA. Porque aguardaba á rehabilitarle. A mi general, á mi protector, ya puedo confesárselo todo. En un fatal convite: en una partida de juego... mi padre, despues de ganar sumas inmensas, vió contra sí la suerte hasta entonces propicia: y habiendo contraido deudas enormes, además de perder cuanto le pertenecia y la herencia de su sobrina, volvió á casa y se dió la muerte.

LORED. Cielos!

ANDREA. Se mató, sí! y yo ocultando el nombre de mi familia, hasta entonces sin mancha, marché aun muy jóven en un navío mercante. Con el comercio he ganado para satisfacer todas las deudas de mi padre: todas las pagaré, aunque no me reste un zequí! Qué importa? Soy marino: he combatido á vuestro lado: tengo un patrimonio que nadie me podrá arrebatar!.. la gloria que he adquirido y el grado que me dais!

LORED. Oh, no puedo mas! Acaba! Tu nombre! El de tu padre!

ANDREA. El abogador Donato!

LORED. *(Dando un grito.)* Justicia de Dios! Retiraos.

HAYDE. *(Dá un grito de alegria y corre hácia él.)* Es verdad? Apenas puedo creer... *(Andrea y Haydé suben unidos el teatro y hablando vivamente en voz baja.)*

LORED. Dudaré aún? Despojaré al hijo de la gloria, despues de haber arrebatado el oro á su padre? Jamás, jamás! Antes... la deshonra misma! Y tú, Donato, perdona! ¿Qué mas puedes exigirme? No doy por tu hijo, no pierdo por él mas que tú perdiste por mí? Andrea, ven, ven:

en mi de hoy mas tendrás al padre que lloras.
(A una señal de Loredano, Domingo que acaba de entrar, toca la campanilla que está al pié del palo mayor.)

FINAL CANTADO.

ESCENA X.

LOREDANO.—MALIPIERI.—ANDREA.—DOMINGO.—HAYDÉ.—MARIA.—OFICIALES.—SOLDADOS Y MARINEROS *que salen al son de la campana.*

CORO DE MARINEROS Y SOLDADOS.

Corramos al cordage,
presteza, decision;
nos llama Loredano,
el gefe, el vencedor.
En cambio de la gloria
que espléndido nos dió,
le ofrecen sus marinos
entero el corazon.

LORED. (*A Andrea.*)
En ardiente batalla has mostrado
que asi como yo
tú sabes lidiar.
Al que es noble y valiente soldado,
verás cómo yo
le acierto á premiar.

ANDREA. (Oh, dicha! mi amor
ya puede esperar!)

HAYDE. }(Su arrojo y valor
MARIA. }se deben premiar.)

MALIP. (Si estima su honor
mi esclavo será.)
(Saliendo.)

LORED. Marinos valerosos,
espanto de la mar,

premiando un noble ejemplo
de arrojo sin igual,
del último navío
proclamo capitan...

MALIP. *(A Loredano.)*
(Bien, basta.)

LORED. Al bravo Andrea!

HAYDE. }
MARIA. } Oh, cielos!
ANDREA. }

MALIP. (Oh, maldad!)
Escuchadme!

LORED. (Yo tus lábios
sellaré con el puñal!)

MALIP. (Venganza del villano!
venganza! Guerra á muerte!
Que tiemble, que en mi mano
se encuentra ya su suerte.
Su gloria desgarrada,
su frente deshonrada,
es ya la dicha, el júbilo
que anhela el corazon.)

LORED. (Venganza del villano!
venganza! Guerra á muerte!
Ay, triste! que en su mano
se encuentra ya mi suerte.
Mi gloria desgarrada,
mi frente deshonrada,
verá Venecia, trémula
de asombro y confusion.)

HAYDE. }
MARIA. }
ANDREA. }
Honor á Loredano!
Honor al justo, al fuerte!
Al bravo mahometano
llenó de espanto y muerte!
Oh, patria idolatrada,
Venecia deseada!
recíbele con júbilo
y aplauso y bendicion!

CORO. Honor á Loredano!
Honor al justo, al fuerte!
Al bravo mahometano
llenó de espanto y muerte!
Oh patria idolatrada!

Venecia deseada!
Acoje á los que impávidos
tremolan tu pendon.

MALIP. (Reprimo mi venganza,
sofoco mi furor;
mas tiembla, que en Venecia
te aguarda el deshonor.

MARINS. *(En lo alto del gran mástil.)*
Venecia!

LORED. (Oh, Dios!)

MARINS. Venecia!
Venecia!

MALIP. (Oh, dicha!)

LORED. (Horror!)
(Se descubre Venecia y parece que el barco camina hácia ella.)

MARINS. *(De rodillas.)*
Oh, reina del Adriático!
Oh, reina de las almas!
Tus hijos siempre intrépidos
te ofrecen nuevas palmas.
Orna tu sien indómita
de nuevo resplandor,
y acoje á los que llegan
sedientos de tu amor.

MALIP. *(A Loredano.)*
(Oh, dicha! allí ha de verse
cumplido mi rencor!)

LORED. *(Con angustia.)*
(Oh, Dios! allí me espera
la muerte de mi honor.)

CORO. *(Con júbilo.)*
Acoje á los que llegan
sedientos de tu amor.
(El navío entra en el puerto de Venecia.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El gran vestíbulo del palacio Grimani.—A cada lado una columna de mármol.—El fondo abierto deja ver la mar y los principales edificios de Venecia.

ESCENA PRIMERA.

HAYDÉ.

Aria.

Ya estoy en su palacio;
ya veo al pueblo audaz,
verdugo de mi raza
y azote de la mar.
El brillo de un palacio,
la voz de una ciudad,
despiertan con orgullo
mi altiva sangre real.
Yo esclava!... vil oprobio!
Esclava yo! Jamás!
Mas ay! por qué perdono
mi afrenta y mi pesar?
Por qué de la venganza
no siento el rudo afan?

—

Por qué el marino indómito
que audaz me cautivó,
en dulce amor purísimo
me inunda el corazon:
y en cambio de mis lágrimas,
mi afrenta y mi opresion,
el alma, bendiciéndole,
le brinda con su amor?

—

Mas si altivo no repara
en la llama que inspiró;
si la sabe y desampara
á la triste esclava... Ah, no!
La amarga hiel
de tanto afan;
las tiernas lágrimas
de tanto amor,
espero fiel
que trocarán
en siervo tímido
al vencedor.

ESCENA II.

HAYDÉ.—MARIA.

HAYDE. Qué teneis, señora? Qué agitada venís!
MARIA. No es sin motivo.—Yo nada te oculto, Haydé. Ya te he confesado que Andrea Donato, mi pariente, mi amigo de la infancia...
HAYDE. Le amais, y es justo, porque su gloria le hace digno de vuestro amor.
MARIA. Juzga, pues, de mi desesperacion. Loredano, su bienhechor y el mio; Loredano, á quien todo lo debemos, acaba en el momento de llegar, de dar órdenes para celebrar su casamiento conmigo.
HAYDE. Ah! No hay que dudar! Es preciso confesárselo todo, ó somos... quiero decir, ó sois perdida.
MARIA. Confesarle yo! Oh! jamás tendré valor.
HAYDE. Silencio! Él llega, sin duda: percibo á lo lejos sobre el gran canal su góndola, conducida por Domingo.
MARIA. No: me parece que he oido la voz de Andrea.
HAYDE. En efecto, él es.

ESCENA III.

Dichos.—ANDREA.—DOMINGO, *que desembarcan al pié de los muros de palacio.*

HAYDE. En dónde está Loredano?
ANDREA. En la sala del Senado.
DOMING. Allí le he conducido y estaba obligado á traerle...
ANDREA. Pero así que me ha visto... Ah! qué ufano estoy de merecer su estimacion! Su frente sombría y recelosa se ha despejado, y llamándome aparte me ha confiado un importante y secreto mensage á dos pasos de aqui. «Toma mi góndola, me ha dicho, vé pronto, y que á mi vuelta te encuentre en mi palacio.»
HAYDE. Y de qué se trata?
ANDREA. Dispensadme, señora; lo que me ha confiado mi general, yo no puedo revelárselo á nadie.
HAYDE. (*Sonriendo.*) A mi, ya lo comprendo... pero á ella... (*Señala á María.*)
DOMING. (*A Haydé.*) (Yo te lo diré.)
ANDREA. Ni á María.
HAYDE. Entonces, es un gran secreto!
MARIA. Id pronto, y volved.
ANDREA. Adios, señoras. (*Vase.*)

ESCENA IV.

HAYDÉ.—MARIA.—DOMINGO.

HAYDE. Y bien, Domingo, tú sabes?...
DOMING. (*Embobado.*) Ay! Qué hermosa estás, Haydé! Me haces el mismo efecto que Venecia al sol: cuanto mas se la mira, parece mas bella.
HAYDE. No se trata de eso.—Sabes tú por qué Loreda-

no en el momento de su llegada ha sido conducido al Senado?

DOMING. Para dar cuenta de su conducta.

HAYDE. Al Dux?

DOMING. Ya no hay Dux: ha muerto. El consejo de los Diez y el Gran Consejo son los que reinan, en tanto que nosotros buscamos otro soberano... lo que no es fácil, por cierto.

HAYDE. No le hay?

DOMING. Apenas! Esa es la dificultad; que cada uno quiere darse su voto á sí mismo, empezando por mí.

HAYDE. Atiende, y Loredano?...

DOMING. La ciudad le concede una gran parte de las banderas arrancadas al enemigo.

HAYDE. Y tú sabes en qué consiste el mensage de Andrea?

DOMING. A punto fijo, no; pero yo sospecho que en esto debe danzar Malipieri.

MARIA. Cómo!

DOMING. Me dá el corazon que es enemigo de nuestro amo y que trata de perderle.

MARIA. Cielos!

DOMING. Pero yo tengo un remedio.

HAYDE. Cuál es?

DOMING. He sospechado que el tal Malipieri le ha cobrado cierto temorcillo al jóven Andrea, que es un bravo, capaz de cualquier cosa. Así que se desmande, se lo azuzo y me las paga todas juntas. *(Vivas lejanos.)*

MARIA. Esas voces... sin duda se acerca Loredano.

HAYDE. Ah! corramos!

DOMING. Atiende, Haydé.

HAYDE. Qué dices?

DOMING. Al llegar á Venecia, me dijo Loredano: «Domingo, te has portado bien, y yo procuraré recompensarte.» Entonces estuve yo tentado de pedirle otra vez la licencia.

HAYDE. Qué licencia?

DOMING. Si ya te dije...

HAYDE. Y qué?

DOMING. Si tú quisieras pedírsela por mí.

HAYDE. Ah! Ya llega!

DOMING. Lo harás, Haydé?
HAYDE. Sí, sí: lo que quieras.
DOMING. (Oh, dicha! Con Haydé, Venecia y mi góndola, no me cambio por el que nombren Dux.)

ESCENA V.

Los precedentes, LOREDANO, *miembros del Senado y del pueblo, y soldados con banderas turcas.*

CORO.

Banderas arrancadas al profeta,
ondead, publicando su valor,
y que brille su frente coronada
de la gloria que intrépido nos dió.
SENAD. La patria á su Almirante.
(*Dándole una bandera.*)
LORED. A mi tanto favor!
VARIOS. La patria al que es modelo
de fé, lealtad y honor.
TODOS. Que viva el Almirante!
LORED. Ah! gracias! (Oh rubor!)

CORO.

Banderas arrancadas al profeta, etc.
(*Loredano en la mayor agitacion coloca las banderas en las columnatas del vestíbulo y despide á los senadores. Domingo sale hablando con los del pueblo.*

ESCENA VI.

LOREDANO.—HAYDÉ.—MARIA.

LORED. *(Con agitacion despues de una pausa.)* Y Andrea? Dónde está Andrea?
MARIA. Acabamos de verle; pero aun no ha vuelto del mensage que le habeis confiado.
LORED. (Esperemos.) *(Dá algunos pasos y apercibe á Haydé.)* Ah! *(Se acerca á ella y se inclina con respeto.)*
HAYDE. *(Sobrecogida.)* Qué haceis, monseñor?
LORED. Descendiente de los Bozaris, hija de sangre real, á quien yo he tratado como á esclava, por qué me has engañado? Acabo de saber que los enviados de Chipre ofrecen inmensos tesoros al Senado de Venecia por el rescate de mi cautiva.—Esto no es necesario: Chipre forma ya parte de la república: sois Veneciana y estais en posesion de todos vuestros bienes.
HAYDE. Gracias, monseñor.
LORED. *(Con alegria apercibiendo á Andrea.)* Ah! por fin...

ESCENA VII.

Dichos.—ANDREA.

LORED. *(Á Andrea.)* (Habla: ¿qué te ha dicho?)
ANDREA. Cumpliendo vuestras órdenes, le hice presente vuestro desafio.
LORED. Y qué?
ANDREA. Rehusa.
LORED. Ah, rehusa!
ANDREA. Las leyes, me ha contestado, castigan de

muerte al que saca la espada en el recinto de Venecia.

LORED. Y bien: en cualquier parte con tal que su vida ó la mia...

ANDREA. Tiene, segun dice, armas mas seguras para batiros.

LORED. Y nada mas ha dicho?

ANDREA. Algunas palabras en que yo he creido adivinar...

LORED. Qué has adivinado?

ANDREA. Que trata de impedir un matrimonio que vos proyectais.

LORED. *(Alzando la voz.)* Ah! Tal es su esperanza! Pues bien: ese matrimonio se hará hoy mismo... en este palacio! Venid, María. (*Tomándola de la mano.*)

HAYDE. } Ah!
MARIA. }

ANDREA. Cielos!

LORED. Qué teneis, Andrea? Por qué palideceis?

ANDREA. Señor...

HAYDE. (*A María.*) Hablad!

MARIA. (Ay! Los remordimientos me matan!)

LORED. Qué misterio se encierra aquí?

HAYDE. Señor, ellos se aman!

ANDREA. *(Se arrodillan.)* Ah! perdonadnos!

LORED. *(Dando un grito de alegría.)* Se aman! (*Mirando al cielo.*) (Oh! gracias! Al fin puedo descargar mi conciencia!) Venid á mis brazos, hijos mios! Sed dichosos, y yo seré menos desgraciado.

MARIA. Ah! Tanta bondad!

LORED. Andrea, yo te cedo su mano.

ANDREA. Oh! dicha!

LORED. Escuchadme: desde este momento, todos mis bienes son vuestros.

MARIA. Ah, nunca!

LORED. Yo os lo mando.

MARIA. Qué hemos hecho, señor, para merecer tanta bondad? Esplicadnos...

LORED. Silencio!

MARIA. Pero...

LORED. Ni una palabra mas, ó retiro mi promesa. De-

jadme solo. Obedeced. (*Se alejan contemplándole con semblante atónito. Haydé, sobre todo, que no se retira hasta que Loredano hace un nuevo gesto de impaciencia: Loredano queda un momento inmóvil en medio de la escena. Suenan voces á lo lejos.*) Ese rumor!... Será ya pública mi deshonra? (*Escucha.*) Ah! no: son los gondoleros del Lido que vienen á festejarme. Bien pronto sus aplausos se trocarán en maldiciones! Afortunadamente yo no las oiré. (*Empuñando la espada.*)

Romance.

Ponga término la muerte
á tan bárbara afliccion;
que la muerte es mas dichosa
que la vida sin honor.
Un recuerdo, patria mia,
un recuerdo á mi dolor.
Dulce amor, brillante gloria,
para siempre adios! adios!

CORO. (*Fuera.*)

Gloria y honor al noble Loredano,
á quien la mar rendida obedeció;
al que es orgullo de Venecia altiva;
al que es ejemplo de virtud y honor.

LORED. Esos cantos que ahora ensalzan
mi virtud y mi valor,
harán públicos bien presto
mi deshonra y mi baldon!
Un recuerdo, patria mia.
un recuerdo á mi dolor.
Dulce amor, brillante gloria,
para siempre adios, adios!

CORO. (*Fuera.*)

Gloria y honor, etc.

ESCENA VIII.

Dichos, menos ANDREA.

LORED. Ah! valor! Adios cuanto amé! *(Coloca la empuñadura de la espada en el suelo para arrojarse sobre la punta.)*

HAYDE. *(Dá un grito.)* Cielos!

LORED. *(Se le cae la espada: pausa.)* (Haydé!)

HAYDE. Perdonadme, señor, si me atrevo á molestaros.

LORED. Habla: por qué tiemblas?

HAYDE. Ay! No es por mí! Y vos estais tranquilo! Cuán desgraciado debe ser el hombre que puede abandonar la vida sin derramar una lágrima! Tan estéril está vuestro pecho, que no encuentra en él un eco de ternura el amor inmenso con que toda Venecia os aclama?

LORED. Ay! Si tú pudieras penetrar en mi corazon!

HAYDE. Hablad, señor. Una mujer comprende todo lo que es padecer y llorar, y puede penetrar sin profanarlos en los secretos mas íntimos del alma.

LORED. Pues bien... Ah, nunca! antes la muerte!

HAYDE. Yo tambien tengo un secreto que quisiera ocultar hasta de mí misma.

LORED. Tú!

HAYDE. Sí; yo os quiero dar ejemplo. Os lo voy á revelar: ya sabeis la cuna donde he nacido: sabeis que en un solo dia perdí cuanto amaba; ví perecer á mis ojos, en medio del incendio y de la guerra, á todos los objetos que habian acariciado mi infancia. La codicia de los vencedores conservó mi vida, y al despertar de aquel horrible sueño, me encontré escarnecida, pobre y entre cadenas. Quién en la tierra ha tenido mas motivos para desconfiar de su Dios, y maldecir su existencia? Pues bien, señor, en medio de mi humillante esclavitud, ha nacido el sentimiento mas dulce de mi vida. El alma para vi-

vir necesitaba acariciar algun sueño de ventura. Yo amé, señor, con la humildad de una esclava; con la pureza de una niña; con la intensidad de un alma poderosa, y amé á un ingrato que puede abandonarme para siempre sin derramar una lágrima.

LORED. (Oh! aurora de ventura! Qué tarde amaneces para mí!)

HAYDE. Este es mi secreto. Cuál es el vuestro?

LORED. Perdóname, Haydé: juzga cuáles serán mis penas, cuando tú no puedes consolarlas!

HAYDE. Que no puedo? Ah! no comprendeis de todo lo que es capaz el alma de una mujer? Hablad. Quiero partir con vos la desgracia, la vida ó la muerte.

LORED. La muerte! mayor es mi desgracia.

HAYDE. Hablad: el alma me dice que puedo salvaros.

LORED. Ah! imposible!

HAYDE. Pues bien: juradme al menos que vivireis.

LORED. Lo juro.

HAYDE. Yo juro salvarte. Ah!

ESCENA IX.

Entra lentamente MALIPIERI.—LOREDANO *asi que le vé corre á cojer su espada.*

LORED. (Malipieri!)

HAYDE. (El peligro que le amenaza está allí.)

LORED. *(A Haydé.)* (Déjanos; yo te lo ruego.)

HAYDE. No puedo quedarme?

LORED. Mas tarde te veré.

HAYDE. Hasta entonces me habeis prometido vivir.

LORED. Cumpliré mi juramento.

HAYDE. Y yo el mio: te salvaré. *(Desde la puerta.)* Sí; te salvaré.

ESCENA X.

LOREDANO.—MALIPIERI.

MALIP. La esclava que me pertenecia : esclava de sangre real.

LORED. Ah! Ya lo sabes?

MALIP. En Venecia no se habla mas que de sus riquezas.

LORED. Quieres hacer valer tus derechos con respecto á ella?

MALIP. Ya hablaremos de todo: ahora me preocupa un asunto vuestro: tengo que daros una buena noticia.

LORED. Aceptas el desafio?

MALIP. Mejor aun. *(Con tono frio y lento.)* El Senado reunido para elegir un Dux, trata de honrar con sus sufragios á un ilustre guerrero, último vástago de una antigua y noble familia, cuyo honor ha brillado siempre puro. A Loredano, Almirante de Venecia.

LORED. Yo Dux!

MALIP. Esta eleccion será publicada dentro de una hora en la plaza de San Marcos, y de lo alto del Bucentauro. Acabo de saberlo y me apresuro á ir á la asamblea para remitir al consejo de los diez un papel cerrado.

LORED. Malipieri!

MALIPI. Y auténtico, porque está escrito y firmado de vuestra mano. Su lectura en medio del Senado puede arrebatar al futuro Dux su corona ducal, su gloria y su honor. Tal no es mi deseo. Y antes de ir al consejo, os digo por última vez: Si me concedeis la mano de María, vuestra pupila, vuestro honor viene á ser el mio, y al salir de la capilla de vuestro palacio, os devuelvo el fatal escrito. Responded. *(Loredano le contempla en silencio un momento: se dirige despues á la mesa y toca una campanilla.)*

MALIP. (*Con alegría.*) En buen hora: para vos los honores; para mí la fortuna: no hay que vacilar.
LORED. Y yo no vacilo. (*A un criado que sale.*) Disponedlo todo para el casamiento de María, mi pupila, con Andrea Donato, á quien yo cedo todos mis bienes. (*A Malipieri, que hace un gesto de cólera.*) Podeis ir al Senado...

ESCENA XI.

MALIPIERI.—*Despues* HAYDÉ.

MALIP. Pues bien: que perezca su gloria como mi fortuna. (*Dá algunos pasos.*)
HAYDE. (*Deteniéndole.*) Dónde vais?
MALIP. A hacer justicia.
HAYDE. No: vais á perder á un enemigo. (*Señalando á la puerta.*) Todo lo sé.
MALIP. Tú sabes el secreto de este fatal escrito?
HAYDE. Sé, que si es conocido, Loredano perece.
MALIP. Su honor está en mi mano.
HAYDE. Yo quiero arrebatártelo.
MALIP. He jurado perderle.
HAYDE. Y yo salvarle. Atiéndeme. El Senado acaba de romper mis cadenas. Soy libre!
MALIP. Lo sé.
HAYDE. Por precio de ese escrito, yo seré tu esclava.
MALIP. Tú mi esclava!
HAYDE. Aceptas?

ESCENA XII.

Dichos.—DOMINGO.

DOMING. (Ya le habrá pedido la licencia y... Qué miro!)
HAYDE. Responde.
MALIP. Seré tuyo.
HAYDE. Oh dicha!

DOMING. (Si lo dirá por mí?)
MALIP. Pero aspiro á mas.
HAYE. Habla: mis riquezas son inmensas : yo te las cedo.
DOMING. (Qué dice?)
MALIP. Aspiro á mas: tu mano en los altares; tú misma con ellas.
HAYDE. (Cielos!)
DOMING. (Dios mio, pues no hablan de mí!)
MALIP. Resuélvete. Serás mi esposa?
HAYDE. *(Retrocediendo.)* Ah! jamás!
DOMING. (Bendita boca!)
MALIP. Pues bien... ahora mismo... *(Sale.)*
HAYDE. Ah! no... deteneos.

ESCENA XIII.

DOMINGO.—*Despues* ANDREA.

DOMING. Y se vá!... no hay duda!... De qué medios se habrá valido ese infame para escamoteármela? Voy á buscar á Andrea: voy á decírselo todo.
ANDREA. Domingo!
DOMING. Ya pareció aquello.
ANDREA. Y Malipieri?
DOMING. Es un bribon! un perdido! que quiere casarse... Matadlo, matadlo!
ANDREA. Habla: qué pasa?
DOMING. Quiere perder á Loredano.
ANDREA. (Ya lo sospechaba.)
DOMING. Y á Haydé.
ANDREA. Cómo!
DOMING. Y á mí, y á toda Venecia.
ANDREA. Pero, díme...
DOMING. Aquí juntitos, y él la decia: «Haydé, sospecho que eres muy linda: olvida al simple de Domingo, á quien tanto adoras.
ANDREA. Pero ella...
DOMING. Se fué detrás como una cordera.
ANDREA. Dónde está? quiero hablar con...
DOMING. Venid corriendo.

ESCENA XIV.

CORO *de pueblo, gondoleros, mercaderes, obreros, floreras, etc. Unos vienen en góndolas y desembarcan en el palacio, mientras otros entran por diferentes lados.*

CORO.
Bajemos del Lido,
bajad de Rialto:
Venecia nos llama,
dejad el trabajo.
Que hoy es dia
de alegría,
de algazara y de placer.
Loredano
soberano
de Venecia llega á ser.
(*Loredano y María salen por la puerta de la izquierda. El pueblo repite el coro. Tres Senadores se adelantan al fondo del teatro, y uno dice:*)

SENAD. Nosotros elegimos por Dux, á imitacion de nuestros abuelos, á aquel cuyo brazo nos ha defendido mejor.—Loredano, vos sois el elegido.

LORED. Yo no merezco ese título glorioso: yo no puedo... yo no debo aceptarle. (*Movimiento general.*)

ESCENA XV.

Dichos.—HAYDÉ, *que sale por la izquierda, y aparece cerca de Loredano.*

HAYDE. (*Bajo á Loredano.*) Tu honor se ha salvado: toma, yo te lo devuelvo. (*Le entrega el papel cerrado y le señala la corona y el manto ducal que los abogadores presentan en este momento.*)

LORED. *(Echando una mirada sobre el papel y dando un grito de alegría.)* (Cielos! Salvado por ella!)
HAYDE. Adios! Todo se acabó para mi.
LORED. Ah! qué dices?
HAYDE. He prometido ser su esposa.
LORED. Tú su esposa!
HAYDE. Por salvarte: te lo habia jurado.
LORED. Ah! jamás! Antes morir!
VARIOS. Suenan voces!

ESCENA ULTIMA.

Los precedentes.—DOMINGO, *seguido de muchos gondoleros y esbirros.*—ANDREA.

DOMING. Es una infamia! Vosotros no podeis condenarle sin oirnos!
LORED. Habla, Domingo: qué es esto?
DOMING. Es Andrea á quien traen en prisiones y dicen que merece la muerte. *(Señalando á Andrea que se adelanta encadenado y rodeado de esbirros.)*
MARIA. (Oh, cielos!)
DOMING. Pero yo que estaba presente... y estos señores tambien...
LORED. Habla: esplicate.
DOMING. Llegamos á la plaza de San Márcos, cuando el otro salia de la iglesia.—Yo... por prudencia, me quedé atrás. Pero oimos que Andrea decia: «El cobarde no es el que propone el combate, sino el que lo rehusa.—El honor me impide batirme con él.—Pues bien, os batireis conmigo: sabeis que tenemos un duelo pendiente.—Cuando vos le defendeis, sereis tan...» No acabó la frase, cuando... plas! *(Hace ademan de dar un bofeton.)* Aun lo estoy oyendo!
ANDREA. Sacamos las espadas.
DOMING. El pícaro se resistió mas de lo que yo pensaba.
ANDREA. El cayó.
DOMING. Sin resollar.

LORED. Y quién era?
DOMING. Malipieri.
HAYDE. }
LORED. }Cielos!
MARIA. }
DOMING. Y por una estocada tan soberbia quieren condenarle.
LORED. Esperad. (*A los esbirros que quieren llevarse á Andrea.*) El dia de su advenimiento, el Dux tiene el derecho de perdonar. Yo acepto el título de Dux. (*Movimiento de alegría y vivas: Andrea se desprende de sus ligaduras y se arroja á los piés de Loredano, quien lo levanta y lo muestra á María.*)
ANDREA. Ah! señor!
LORED. Sed dichosos.
DOMING. (*Aparte á Haydé.*) (Le pediste la licencia para casarnos?)
LORED. (*A Haydé.*) Descendiente de los Bozaris, hija de sangre real, me harcis el honor de aceptar mi mano?
HAYDE. (*Bajo á Loredano.*) Ah! siempre seré tu esclava! (*Domingo, á cada palabra de Loredano retrocede un paso, y al fin rompe á llorar.*)

CORO GENERAL.

Que resuenen los clarines,
que el rumor de los festines
ponga término al pesar.
Loredano, Loredano
de Venecia es soberano,
soberano de la mar.
(*Ondean las banderas delante de Loredano: en el fondo del teatro aparece el Bucentauro que viene á colocarse cerca del vestíbulo. Loredano, rodeado de los senadores, se dirige al bajel.*)

FIN.